



**RAFAEL
ALVIRA**

**LO COMÚN Y LO ESPECÍFICO
DE LA CRISIS MORAL ACTUAL**

C U A D E R N O S

EMPRESA Y HUMANISMO

I N S T I T U T O

57

I. Para comenzar, indico el índice de lo que voy a exponer. En primer lugar intentaré justificar el título, o sea, qué quiero decir al distinguir entre aspectos generales y particulares de la crisis moral presente. Después me referiré a los aspectos generales, para centrarme a continuación en los específicos de las democracias occidentales. Por último, propondré algunas vías posibles de solución.

La crisis moral que afecta, no sólo al occidente, sino a nuestro mundo entero, tiene raíces antiguas y, sobre todo, profundas. En la tradición cristiana se fija ya su comienzo en el momento histórico de la caída original. No sólo cada persona en sí misma, sino cada sociedad, históricamente, ha experimentado esa sensación de que "las cosas no iban bien". Tenemos amplia documentación acerca de esto.

Incluso en las épocas que hoy consideramos como de mayor florecimiento moral y social, encontramos muchos testimonios acerca de ellos. Podemos recordar siglos medievales, o el "siglo de oro" español, o el clasicismo francés. Este fenómeno se da también en lo referente a los saberes científicos. Más de uno quedaría sorprendido al conocer la opinión que del saber en su propio tiempo tuvieron grandes filósofos y teólogos del siglo XIII -considerado

la maravilla de la escolástica-, y es bien conocido el juicio implacable que sobre los años en torno a 1800 en Alemania -estimados hoy como de riqueza cultural incomparable- pronunció Hegel.

Durante siglos este hecho se expresó a través del mito de la "edad de oro": cualquier tiempo pasado -como escribía Jorge Manrique- fue mejor. La civilización decayó desde aquel momento aureo fijado en la antigüedad.

A partir de la Ilustración, el mito mira al futuro y se expresa en la idea de *progreso*. Cualquier tiempo futuro será mejor, por lo que se entiende que ahora no estamos a gusto con lo que tenemos.

Después, las críticas a la Ilustración, que comenzaron ya en el siglo XVIII con el romanticismo, empiezan a afirmar que el ideal de progreso no está tan claro, sobre todo en el ámbito moral. Primero Rousseau, y luego Kant siguiendo su estela, ponen en duda -niegan, más bien- que el progreso consiga hacer más felices a los seres humanos.

Las soluciones que el romanticismo ofrece -aunque aquí habría que matizar las diferencias según los autores- no resultan, sin embargo, muy convincentes, en general. Popularmente, arraiga la tesis rousseauniana en favor de la

sencillez de costumbres y una cierta vuelta a la naturaleza, todo lo cual -como se comprobó ya en la propia vida de Juan Jacobo Rousseau- no propicia una extraordinaria mejora moral.

En nuestros días, nuevas tendencias románticas de pesimismo cultural o postmodernistas, han puesto el acento sobre las corrupciones morales que la ideología de la "modernidad" ha producido, pero no está claro que buena parte de los grupos de protesta hayan desarrollado una moralidad de vida mucho más desarrollada.

Se podría incluso aventurar la tesis de que las épocas que *mayor conciencia* de fallo moral han tenido, han sido probablemente las mejores desde este punto de vista. En efecto, si tiene razón Sócrates -como pienso- en su tesis de que el primer paso para el saber está en darse cuenta de que no se sabe, tendríamos que concluir en ello.

Desde luego, es indudable que la persona que más sabe, más consciente es de su ignorancia, y esto se aplica también al saber moral. Es un lugar común que los que llegaron a ser más santos tuvieron una conciencia aguda de sus fallos, a veces casi excesiva. Esto también se puede aplicar a las culturas en general.

Lo dicho hasta ahora pretende justificar que, en buena medida, la crisis moral presente muestra un rostro similar al de la crisis permanente de la sociedad humana.

De otra parte, el *lugar*, el *momento histórico* y la *situación cultural* son siempre, en mayor o menor medida, diferentes entre un grupo social y otro -por cercanos que estén-, y entre un grupo social y el que le sucede en el tiempo: el paso del tiempo no es nunca meramente cuantitativo, sino también cualitativo. La España de 1995 no es idéntica a la de 1980, salvo el traslado de quince años de reloj. Ahora bien, la moral de un pueblo, por más que se refiera, según me parece, siempre a unos mismos *principios últimos*, no depende sólo de éstos, sino también de las circunstancias, las cuales cambian. Es decir, el ser humano, en su comportamiento, en cierta medida es siempre igual, y en otra siempre distinto.

Resulta así posible -dada la permanencia comparar situaciones morales de un pueblo y otro, y de uno consigo mismo en los diferentes momentos de su historia, pero esa comparación -dados los cambios- es siempre difícil, y ha de hacerse sólo en forma relativa y conjetural.

Quisiera, pues, desde el principio, rechazar tanto el relativismo escéptico como el pesi-

mismo cultural. Desde luego, se puede y se debe, -así lo ha de intentar siempre una persona noble- estudiar la situación moral en la que él y la sociedad en la que vive se encuentran. Ello es, como antes se ha dicho, condición imprescindible si se quiere -como se debe- mejorar. No es cierto que cualquier situación sea indiferente con respecto a otras: las hay mejores y peores, lo cual es bien demostrable en la práctica. Tampoco es cierto que exista una *necesidad histórica* que haga imposible cambiar las cosas mediante el esfuerzo de cada uno. Esa es la tesis de la pereza, pero lo cierto es que con los buenos ejemplos individuales se han cambiado siempre muchas cosas en sociedad.

De otra parte, y también quedó ya apuntado, no es fácil comparar unas épocas con otras y además, como no tenemos la *clave* de la historia, no podemos comprender nunca suficientemente el sentido último de una situación dada. Así pues, no hay motivo para el pesimismo. Habría que añadir, tanto desde la perspectiva del teísmo filosófico como, sobre todo, de la religión cristiana que no aceptar una situación dada, quejarse de ella en lo profundo, supone un cierto *reproche* a Dios. El habría hecho, como dicen algunos, el mundo bastante mal.

II. Paso ahora a examinar los aspectos generales de la crisis. A mi juicio, ellos se pueden resumir, en un primer acercamiento, mediante la enumeración de las tres tentaciones básicas que se presentan a todo ser humano: el *poder*, el *éxito* y el *placer*.

Lo primero que se debe aclarar es que *poder*, *éxito* y *placer* no sólo no representan algo moralmente malo en sí, sino que, por el contrario, son *necesarios* para el bien del hombre. Nadie podría vivir bien sin gozar, en mayor o menor medida, de ellos. Poder, éxito y placer se refieren a los tres momentos de la acción humana. El poder es un *principio* desde el cual, y sólo desde el cual, podemos hacer algo. El éxito es *mediación*, comunicación, y resulta imprescindible para llegar, para alcanzar lo que buscamos. El placer es *término*, es el gozo en lo conseguido.

Dada la naturaleza débil y no suficientemente equilibrada del ser humano, suceden dos cosas. Por un lado, resulta difícil *integrar* bien la propia capacidad de acción -ser plenamente dueño de ella-, razón por la cual prácticamente todo el mundo, aún buscando siempre las tres realidades señaladas, tiene una inclinación mayor hacia alguna de ellas. Esto es tanto más posible cuanto -como sucede

siempre en el espíritu- existe una continua *implicación* de unas en otras.

Hay personas que buscan sobre todo el *poder*. Es, sin duda, lo más inteligente pues, desde él, se alcanza con relativa facilidad éxito y placer, aunque en absoluto está asegurado que así sea. Lo interesante aquí es que en el detentar mismo un *poder*, se obtiene ya una *inicial* capacidad comunicativa, y se experimenta un cierto placer. Lo mismo cabe decir con respecto a la comunicación, al éxito: el que es hábil para alcanzarlo, no tarda en conseguir más *poder*, y luego placer. Pero el éxito mismo es un *poder* y un placer. Y el placer vivido supone una cierta *sensación* de éxito y de *poder*, aunque conceda realmente poco del uno y del otro.

Importante es saber equilibrar los tres momentos, lo que exige un aprendizaje práctico. Si no se consigue, la personalidad, desequilibrada, se inclina al fallo moral.

La segunda cosa que sucede, más relevante, es que llegamos a convertir una de esas realidades en *fin último* de la vida. Es decir, nos olvidamos de que la *entera acción humana* conduce más allá de ella misma. Al querer *reforzar* nuestro *poder*, éxito o placer, dedicamos nuestra atención a la propia actividad, a la misma acción que realizamos. Nos *curvamos*

sobre nosotros mismos. Ese es el fallo moral *par excellence*.

En la sociedad occidental de nuestros días encontramos esto en gran medida, pero no es fácil saber si más que en otras épocas. Como siempre, son relativamente pocos los que consiguen altas cotas de *poder*, y unos pocos más los que luchan denodadamente para alcanzarlo. La lucha por el *poder* es la más dura, e implacable. Son relativamente pocos los que tienen mucho *poder* y menos aún los que tienen un *poder* verdaderamente razonable, para el servicio, y que es -por ello- *reconocido*.

El *éxito* es quizá el elemento más distintivo de nuestra sociedad, en comparación con otras épocas. Las inmensas posibilidades que los avances técnicos han concedido a los *mass media*, hacen que se pueda llegar a infinidad de personas, con todas las consecuencias que esto trae consigo. El grupo de los que viven del éxito es mayor que el de los poderosos, pero también relativamente restringido.

El *placer* es lo popular por excelencia. Placer lo puede tener cualquiera y sin muchas dificultades. En la medida en que occidente ofrece hoy medios materiales abundantes, la persecución del placer es el deporte más extendido.

El que busca el poder como fin último es un soberbio, y la "sociedad del poder" consiguiente es una *sociedad arrogante*.

El que busca el éxito como fin último es un vanidoso, y la "sociedad del éxito" consiguiente es una *sociedad de la apariencia*.

El que busca el placer como fin último es un sensual y la "sociedad del placer" consiguiente es una *sociedad hedonista*.

En conjunto, lo característico de toda forma de *curvatura* de la voluntad sobre sí misma, como las tres fundamentales citadas, es que en el acto de volver sobre nosotros mismos nos *empequeñecemos*: es un problema de *cortedad*. Por eso dice bien Séneca que *la virtud por antonomasia, la más bella y mejor, es la grandeza de ánimo*, sin la cual resulta, a la corta o a la larga, imposible el ejercicio básico de la moralidad, es decir, la realización de la justicia. Hacer justicia, en efecto, consiste en atender adecuadamente al *otro*, pero para ello debo ir más allá de mí mismo, ser grande de ánimo.

III. Vamos a analizar ahora algunos rasgos específicos de las sociedades democráticas occidentales, siempre en lo relativo a la situación moral.

Aunque sin duda es un tópico de la literatura filosófico-política, es menester mencionar en primer lugar el problema del *individualismo*.

Inicialmente, el individualismo muestra -ya en su presentación histórica moderna, a partir sobre todo del siglo XVI- rasgos verdaderamente interesantes. La sociedad medieval concedía un peso muy grande -como es común todavía hoy en diferentes pueblos no occidentales- a la *estructura social* y a lo *comunitario*. El individuo no contaba, frecuentemente, con una esfera libre en la que desarrollar su iniciativa. Por razones de estructura económica y de condicionantes geográficos y técnicos, la movilidad era bastante escasa, tanto en el plano meramente físico como en el social.

Pero también en el plano *interior*, se busca una mayor responsabilidad del sujeto con respecto a sí mismo. Que cada uno no configure su vida sólo a partir de lo que dice la *autoridad*, sino que reflexione más, se haga consciente de que debe ser más dueño de su propia suerte, de que ha de reconocer activamente su dignidad.

En este punto *coinciden* -lo que no siempre es puesto de manifiesto por la literatura especializada correspondiente- la *reforma católica*, que es la primera en el tiempo, pues data del

siglo XIV-XV, representada sobre todo por los “*recogidos*” y la mística castellana, la *reforma luterana* y la *Ilustración*. Tres movimientos profundamente divergentes y enfrentados, pero que tienen esto en común: el impulso a la *vida propia* del sujeto, al desarrollo de la conciencia de la dignidad de cada individuo.

Sin duda, tanto en lo externo como en lo interno, en la vida económica, política, religiosa, era necesario desarrollar al sujeto individual.

Con todo, el proceso fue demasiado lejos. Un individuo fuertemente separado de la comunidad y las estructuras societarias, y que, al mismo tiempo, llega a pensar que puede ser *completamente dueño* de su suerte, queda desequilibrado. Deja de responder, en la idea que tiene de sí mismo, a lo que realmente es. Se olvida de que el carácter societario es también esencial -junto con el individual-, y de que no es plenamente señor de sí mismo.

De este modo, la modernidad, al intentar poner en práctica su propia definición -ella es, según la famosa frase de Mme.de Stael, la *ruptura de todo vínculo*- extrema progresivamente las actitudes individualistas, hasta llegar al deterioro social, que hoy verifica una y otra vez la sociología. La verdad de que el hombre es un ser social se comprueba una y otra vez al

ver el decaimiento actual de la figura del individualista. Cada uno se preocupa por sí mismo, y pocos quieren trabajar verdaderamente en favor de los demás. Acciones benéficas aisladas hay muchas, pero sirven de bien poco si *el bien no se institucionaliza*. Ahora bien, *la institución es el vínculo*. Particularmente, el tema de la familia es el más serio en la actualidad. Incluso el aborto voluntario -sin duda una prueba de la primacía del propio gusto individual sobre la justicia para con *el otro*- es, en no pequeña medida, una consecuencia de la desaparición progresiva de la institución matrimonial.

En efecto, en principio, el valor absoluto e infinito de una vida humana pide un *origen* y un *cuidado* semejante: el amor sagrado de marido y mujer y la entrega de sus vidas entre sí para la formación de la nueva criatura. Ahora bien, si todo esto desaparece, se olvida la *base real*, “*metafísica*”, del sentido de un nacimiento, y la consecuencia *psicológica* es la indiferencia ante el aborto.

Otra costumbre que se desarrolla y aumenta a causa del radicalismo individualista es la de la homosexualidad. Si lo verdaderamente esencial, en el ser humano, es su *autonomía plena individual*, toda *diferencia* y toda *naturaleza*, -la naturaleza, si existe, me “empuja” u

obliga en una dirección quedan relativizadas, son secundarias, y cada uno es dueño de manejarlas a su gusto. Puedes relacionarte sexualmente con los de un sexo u otro, pero también intentar quirúrgicamente cambiar de sexo, etc.

Sin entrar en problemas particulares de constitución psicósomática y otros matices que ahora no son al caso, en general cabe decir que negar el carácter esencial de las diferencias naturales significa poner el propio gusto por encima del carácter de servicio pues toda diferencia está para el servicio *del diferente*, y, en ese sentido, supone un olvido de la justicia.

El segundo problema tiene sus raíces en el *estatalismo*. Si el individualismo suponía una deficiente comprensión de la *libertad*, éste es una consecuencia de una mala concepción de la *igualdad*. Las sociedades democráticas del occidente actual ponen todavía más énfasis en la igualdad que en la libertad. Este hecho -ya predicho por Tocqueville- se explica desde diversas causas. Quizá las más relevantes sean: a) que sin igualdad la libertad de los más débiles está amenazada; b) que la igualdad es preferida siempre por los menos poderosos, que son la mayoría, y la democracia se apoya en mayorías; c) que la relativización ya

señalada de las diferencias conduce *idealmente* a la igualdad.

La única manera de hacer operativa esta absolutización de la igualdad es recurrir al Estado en su configuración moderna. En la medida en que él, poco a poco, se esfuerza en hacer real la igualdad y la libertad, sin que apenas se perciba va tomando en sus manos la entera vida de las personas, hasta convertirse en el hoy llamado "Estado de bienestar", que, como muchas veces se ha puesto de manifiesto, es un verdadero "Estado *providencia*", es decir, una entidad que toma sobre sí las "funciones" de Dios.

Aunque explícitamente no se acepte, la tendencia es, sin duda, esa. Como está a la vista, y explicó bien Ortega y Gasset -"La rebelión de las masas"-, ello comporta una pérdida progresiva del sentido moral de la *responsabilidad*. Al no ser la igualdad lo que el mejor tradicionalismo pedía, a saber, una *tarea moral* -la igualdad hay que construirla a través de los servicios mutuos-, se convierte en algo que simplemente *exigimos* al Estado, y que tenemos derecho a que nos den.

Así, cada uno paga sus impuestos y del resto *que se ocupe el Estado*. Esta actitud supone, con el abandono del sentido *concreto* de mi responsabilidad por el prójimo, un elemento

destrutivo para la sociedad. Significa también la desconexión de la relación *concreta y directa* entre la acción de cada individuo y la historia. Actuamos, influimos, en la historia -socialmente- sólo en la medida en que pagamos impuestos para que el Estado se encargue de ello (de la *historia* o del funcionamiento de la *sociedad*, lo que viene a ser lo mismo). Ahora bien, esta desconexión -sutil y olvidada- es quizá la principal culpable del famoso *ateísmo* de la sociedad actual.

En efecto, si alguien no tiene relación con Dios *a través de la relación con su providencia concreta*, tiene una relación genérica y abstracta. Dios es afirmado teóricamente, tal vez, pero no existe en la práctica. En la citada relación se aceptan dos cosas a la vez: mi responsabilidad y la fe en que, junto a ella, Dios tiene siempre la última palabra.

El aludido ateísmo práctico tiene, sin duda, una importancia grande para la moral. Si no está presente la idea de que un Dios premiará mi buena acción o castigará la mala, no es fácil conseguir obrar bien en medio de tantas pequeñas y grandes dificultades como la vida ofrece. Si sólo es "la razón" o, más aún, la "racionalidad" la que me pide obrar bien es probable que con frecuencia elija el camino más fácil, aunque no sea muy justo. Algo

similar sucede si es "la sociedad en general" o el Estado los que me lo piden. Para todos estos casos resulta claro que una entidad abstracta no puede empujarme a una acción concreta. No puede ni la "razón" *en general*, ni la "sociedad" *en general*, ni la "racionalidad". El Estado sí puede, pero sólo en el ámbito o fuero externo.

El tercer problema se encuentra en el carácter *abstracto* del planteamiento moderno de la moral y de la política. Como se dijo ya durante la época de la primera Revolución francesa, la casi imperceptible sustitución, que el pensamiento ilustrado realiza, de la *moral* por la *moralidad*, trajo consigo, entonces y ahora, el vaciamiento progresivo del comportamiento humano.

El siglo de las luces pone todo el énfasis en la Razón. Ella nos pide ser estudiosos, tolerantes, benefactores, progresivos, liberales, solidarios. Son grandes palabras. Pero el buen obrar no se consigue con ellas, sino que depende de un amplio conjunto de pequeños detalles entrelazados, cuya concepción y realización concreta no es nada fácil. Es un arte muy difícil el de saber hacer el bien, y más difícil todavía el educar a otros en él. Se requiere una atención a las inclinaciones humanas, a las circunstancias de todo tipo, al

ambiente, al conocimiento y práctica de las virtudes, a la idea de los fines, a la presencia de Dios.

En nuestra sociedad se mencionan con relativa frecuencia los llamados *valores morales*. Son pocos, sin embargo, los que tienen la valentía y la prudencia necesarias para vivir la moral en concreto. Ello se percibe en muchos detalles, entre los cuales es significativo el elevado número de artículos de prensa, o intervenciones en la radio, en los cuales algún intelectual se queja de los males éticos, y termina invariablemente su exposición con una frase del estilo: "lo que se *debería* hacer...". Pero pocos pasan al presente de indicativo.

También en este punto es relevante el tema de los *derechos humanos*. Es una idea digna de aplauso el formular, con carácter universal, unos derechos propios de todo ser humano en cuanto simplemente humano, y el intentar arbitrar medios para que se cumplan. Es más difícil saber, sin embargo, qué autoridad los va hacer respetar, y qué autoridad los va a inculcar.

A éste respecto, es también relevante el hecho de que los últimos siglos han desarrollado -a partir de Galileo- un método muy interesante para enlazar *la idea* con la *práctica*

concreta en lo relativo a la ciencia natural, pero no han sido capaces de alcanzar el mismo nivel en el mundo moral. Se produce una desconexión marcada entre las ideas morales y la práctica concreta. Ello se debe, quizá en no pequeña medida, al olvido de la fuente de unidad entre la inteligencia y las tendencias sensibles, que es el *corazón*. El corazón deja de tomarse en cuenta, o bien se interpreta como mero lugar de sentimientos y emociones, y ya no como la fuerza de síntesis de lo pensado y lo deseado, a través de la energía de la *voluntad*.

El resultado -muy visible en nuestros días- es una cierta "esquizofrenia" del comportamiento. De lunes a viernes somos fríamente racionales y técnicos, mientras que el *weekend* dejamos libres nuestros sentimientos y emociones. No somos capaces de dar un toque de calor humano a nuestra producción, ni una orientación más medida a nuestras emociones. Es decir, el corazón no preside toda nuestra semana.

De otro lado, el progresivo desinterés por la religión y la trascendencia conduce a una pérdida de la esperanza; es decir, en amplios estratos de la población existe una desesperación, encubierta u olvidada precisamente a

través de la dedicación al trabajo y al entretenimiento.

Ahora bien, estas dos últimas actividades se pueden llevar a cabo, en principio, por igual en cualquier sitio. Para el rendimiento profesional o para la diversión necesito simplemente condiciones materiales, que muchas veces son fácilmente transportables de un lugar a otro. Una empresa se traslada de España a Hungría sin que suceda nada, y mucha gente se divierte cada fin de semana buscando la variedad geográfica.

Esta estructura abstractamente universalista deja al ser humano con pocas raíces y le suscita problemas de *identidad*. Dado que lo moral-concreto es considerado de hecho como accidental, se produce una crisis de la nación y de la familia que dificulta precisamente el desarrollo de la *identidad*. En general, el debilitamiento de ésta es consecuencia del ya mencionado descuido del corazón. Otras consecuencias, muy características de nuestros días, son el aumento de la *dispersión* psicológica y la disminución de la capacidad de sufrimiento. No son problemas nuevos, pero ahora son más agudos.

Otro aspecto del abstraccionismo moral se encuentra en la pretendida separación entre la moral pública y la privada. Se sostiene que esta

última es una moral de convicciones propias de cada individuo, y que éste no puede intentar imponer a los otros: la tolerancia es aquí pieza fundamental. La moral pública, al parecer, sería una ética de "procedimientos", en la que se habrían de cumplir las normas de la convivencia general y del Estado y respetar el pluralismo.

Que la distinción entre ética pública y privada es abstracta se percibe hoy -pero el problema ya es antiguo- en la corrupción tan amplia de la esfera pública. Es muy común la figura del débil en la "moral privada" que acaba siéndolo también en la "pública", y viceversa. El fondo de la cuestión es sencillo: no existe tal distinción Sólo hay *una ética*, que se aplica con los matices diversos necesarios a las diferentes esferas de la vida humana. Esa única ética se fundamenta en una disposición práctica aprendida gracias a la contemplación de ejemplos, al entrenamiento y a la asunción del fin principal: hacer el bien a través de la justicia.

La justicia, la acción justa, es decir, realizada en *atención* y *respeto* al prójimo, es la clave final de *toda la ética*. Si no resulta fácil obrar justamente en las esferas más inmediatas y reducidas de la familia o de las pequeñas organizaciones, mucho más difícil aún es el actuar

bien en las grandes, y en la esfera general de la política.

Parece, a primera vista, que debe ser lo contrario, pues la cercanía nos hace a veces perder objetividad, nos aumenta simpatías y antipatías, etc. Además, en las grandes esferas da más miedo -por las consecuencias- obrar mal.

Y, sin embargo, no es así. Se olvida que la ética es un *saber* -práctico, además-, y que todo saber es más difícil cuanto más abarcante. Acertar moralmente en política, comportarse de la forma justa y adecuada, es prácticamente muy difícil, aunque a veces, la decisión que se debe tomar sea, en teoría, fácil.

Así pues, el menosprecio actual de la unidad de la ética y de su sentido preciso lleva consigo muchos problemas en la vida política y económica general.

Un conjunto amplio de dificultades morales, muy característico de los últimos siglos, tiene su origen en la gran *movilidad* a la que están sometidos muchos individuos. El comercio es muy intenso, se multiplican los viajes, se cambia con frecuencia de empleo, de lugar de trabajo, etc. Todo ello dificulta la estabilidad familiar y emocional, pero también la paz y el reposo necesarios para madurar los aprendizajes morales.

Antiguamente, en los grandes puertos y en los grandes nudos ferroviarios había un barrio considerado moralmente "de mala nota". Era el barrio al que iban aquellos que estaban continuamente viajando. Hoy día hay muchas ciudades que se parecen bastante -con mejor aspecto exterior- a aquellos barrios.

Un fenómeno muy novedoso, de los últimos decenios, es la progresiva desaparición de la *clase media* como clase ejemplarmente ética. Con frecuencia la clase alta y la baja tenían una cosa en común: su menor interés por la práctica moral. La clase baja no podía aprender la virtud, pues recibía escasa educación y además carecía a veces de las condiciones materiales mínimas que facilitan su práctica. La clase alta podía pagar el vicio y sucumbía con frecuencia a él. La clase media, por el contrario, estaba forzada a vivir moralmente. Su dignidad personal y profesional le impedía actuar como a los pobres, pero no tenía medios suficientes para permitirse lujos.

Un punto clave aquí es la familia. Ella desarrolla el sentido justo de la propiedad. Las propiedades básicas son la casa, la esposa -o el esposo- y los hijos. No son propiedades en el sentido de cosas o de que pueda hacer con ellos lo que quiera, pero lo son de una manera

mucho más radical: es lo principal que se tiene para vivir.

Es tan profundo y constitutivo del ser humano el tener propiedad en su sentido justo, que no es posible desarrollar una vida ética sin ella. Saber vivir humanamente es idéntico con ejercitar un sentido recto del poseer.

Por eso, cuando una familia tiene demasiado o demasiado poco, tiende a perder ese sentido, y sus miembros con frecuencia actúan de forma inmoral.

El punto más destacado es la aparición de hijos naturales, que solían ser mucho más frecuentes en los ambientes muy ricos o muy pobres. Hoy, sin embargo, y esto me parece una verdadera "revolución", la clase media ha dejado de tener estabilidad moral, y, con ello, de ser el lugar firme sobre el que se construye la sociedad.

Hay varias causas que explican el suceso. De un lado, existe un aumento general de la riqueza. Además -algo absolutamente decisivo- surge y se generaliza la venta de píldoras anticonceptivas. Se debe añadir también la ya mencionada movilidad continua: algunos profesionales están mucho más tiempo -en la oficina y en los viajes- con sus compañeras y

secretarias que el que pasan con su mujer en casa; y sin tener responsabilidad familiar con ellas.

El último problema específico que quiero mencionar se refiere al nuevo sistema de comunicaciones, y a la explosión de lo que se llama el mundo de los *mass media*. Nos encontramos aquí con una de las conocidas situaciones de *crisis de crecimiento*.

En efecto, los avances en este campo son espectaculares y maravillosos. Pero el ser humano ha de reajustar continuamente todas las dimensiones de su vida, cada vez que cambia algún parámetro o dimensión de ella. No da apenas tiempo, sin embargo, dada la rapidez del progreso y lo atractivo de sus ofertas a llevar a cabo bien ese reajuste.

Desde luego, los *contenidos* que se expresan y muestran a través de esos citados medios son no pocas veces inconvenientes desde el punto de vista moral, lo que es un problema, sobre todo para los niños. Pero lo más propio de los *mass media* es que transforman el sentido de la realidad, lo cual necesariamente tiene consecuencias morales.

Esa transformación afecta al sentido del espacio y del tiempo; con todo, el punto crucial es que la vida es diálogo, y éste no se desa-

rolla por igual en directo que a través de medios audiovisuales. Si el libro, el lenguaje escrito, tiene el inconveniente de no poder responder a nuestras preguntas, pues no vive, la radio o la televisión ni siquiera suscitan preguntas, pues se mueven -con medios retóricos para alcanzar un público amplio- en niveles superficiales. Se busca, con frecuencia promover emociones, pero menos empujar a la reflexión.

Cada día se dan miles de noticias, la mayor parte de las cuales son pura curiosidad, pues *no podemos hacer nada prácticamente* con esas informaciones. Un conocimiento inútil es una curiosidad; en el mejor de los casos, sirve de *entretenimiento*, el cual a veces es necesario. Desde luego, es oportuno y hasta éticamente conveniente el estar informado. Pero cuando la necesidad informativa es continua es señal de que la persona está vacía.

Al sustituirse el diálogo directo y reflexivo por la continua curiosidad superficial sobre lo que, en verdad, apenas se conoce, pues el que presenta lo hace con estudiada retórica y el que contempla o escucha no tiene hábitos reflexivos, el sentido de la realidad se desliza hacia la emoción por la imagen.

El que reflexiona gasta poco. El mundo de las imágenes y emociones ha creado la civili-

zación no de los señores, o de los *ciudadanos* - como quería la revolución francesa- sino de los *consumidores*.

IV. A pesar de todo lo indicado ahora, quiero terminar de la misma forma que comencé: mediante una referencia optimista.

Al describir algunos rasgos que considero más específicos de la crisis moral de nuestra sociedad he querido, en primer lugar, evitar dos actitudes que no me parecen acertadas. Una refugiarse en la idea de que "cualquier tiempo pasado fue mejor". Otra, muy común hoy, defender los fallos presentes mediante el argumento de que "cualquier tiempo pasado fue peor". Si la primera conduce a ensoñaciones imposibles y es débilmente romántica, la segunda es más hipócrita pues, con un lenguaje del progreso -¡hemos mejorado!- es en realidad conservadora e inmovilista, ya que no acepta la revisión de sus principios y contenidos.

Estudiar los fallos de la propia situación, no para quejarse, y menos aún para volver a ningún tiempo pasado, sino simplemente como condición primera del aprendizaje, para poder ver luego hacia donde ir para mejorar, no es una idea ni peregrina, ni conservadora, ni revolucionaria, ni novedosa: es simplemente

lo que ha hecho cualquier persona normal al menos desde Sócrates.

En la línea de la mejora gradual de nuestra sociedad, es posible -para concluir- dibujar algunas propuestas concretas.

a) En primer lugar es preciso equilibrar el individualismo excesivo. No podemos perder el sentido moderno del valor del individuo, frente a antiguos comunitarismos demasiado pesados. Pero las leyes tienen que volver a respetar la importancia del *vínculo*, con el que no se puede jugar de un modo tan ligero -a ese juego ligero se le llama "forma civilizada" de actuar-, y, de otra parte, la educación tiene que pasar realmente a ser lo primero, sobre todo la educación en la generosidad, el sacrificio, la grandeza de ánimo en suma.

b) Es menester, después, poner a la *familia* en el centro del interés social, pues ese es el método básico para compensar el abstraccionismo actual. La familia educa en el sentido de lo concreto y de la importancia trascendente de cada persona.

c) Hay que equilibrar el excesivo movimiento social, derivado de la *primacía del comercio*, es decir, el afán de riquezas -pues el comercio es un bien humano, pero cuando pasa a ser primario lo que se busca es la riqueza por encima

de todo-, mediante un interés creciente por los aspectos ecológicos, sobre todo de *ecología humana*. Lo más importante es el bien del hombre, no su riqueza.

d) *Diversificar y multiplicar* los centros de encuentro y diálogo directo, a todos los niveles, para contrarrestar la superficialización y la ventaja de la mala retórica.

e) Apoyar el sentido religioso de la vida en general, y de la vida cotidiana en particular, sin lo cual la solución práctica de los problemas morales no resulta apenas posible.

Sin duda se puede decir que estas propuestas son propias del estilo de un -modesto-intelectual: se expresa lo que se *debería hacer*. Toda propuesta, desde luego, tiene ese problema. Aún no está hecho lo que se pide. Lo que he intentado, tanto en la *lógica interna* del discurso como en la vida propia, es que las propuestas respondan a algo concreto que se puede hacer y mejore a las personas y a la sociedad en su conjunto.

NOTA BIOGRAFICA

Rafael Alvira es Doctor en Filosofía y licenciado en Historia. Profesor Ordinario de Filosofía en la Universidad de Navarra. Director del

Departamento de Filosofía Práctica y Sociología y Director del Departamento de Investigación de "Empresa y Humanismo". Ha sido Catedrático de Filosofía –por oposición– de la Universidad de La Laguna, y profesor titular de la Complutense de Madrid.

Pertenece al Comité directivo del Foro Democrático Europeo (Estrasburgo) y de la Asociación Internacional para la Enseñanza Social Cristiana (Ginebra).